

NOTA PRELIMINAR

POR

LISA BLOCK DE BEHAR
Academia Nacional de Letras
Montevideo

La iniciativa de publicar un volumen de la *REVISTA IBEROAMERICANA* dedicado a la literatura uruguaya de esta mitad final del siglo fue una iniciativa propuesta por Alfredo Roggiano de manera que correspondía llevarla a cabo observando las orientaciones y objetivos generales que él había definido para editar una serie ordenada libremente a partir de referencias de validez literaria, sin más restricciones que las establecidas por límites de país y de época.

Sin sospechar que estaba tan enfermo, en octubre de 1990, en tránsito hacia la Argentina, adonde se le habían anunciado honores y homenajes, Roggiano se hizo de tiempo suficiente para aceptar una invitación de la Academia Nacional de Letras del Uruguay. Pasó por Montevideo, permaneció algunos días en esta ciudad con el fin de dictar más de una conferencia, conceder algunas entrevistas solicitadas y, sobre todo, poder revisar atentamente los trabajos que se incluirían en el presente volumen.

En medio de una concurrencia sumamente cordial e interesada, Alfredo Roggiano dialogó con el presidente de la Academia, Arturo Sergio Visca, con profesores de literatura y con estudiantes avanzados de ciencias de la comunicación; refirió la historia de la *REVISTA IBEROAMERICANA*, de sus orígenes y fundamentos, de sus alternativas adversas y de realizaciones notables, intercalando anécdotas que ilustraban sobre su vida entera dedicada a mantener una publicación que, por su propia índole, expuesta a la fugacidad, siguió atenta, con una continuidad y solidez inusuales, a los acontecimientos literarios en un idioma que supo prodigarlos.

En esa oportunidad, no escatimó la generosidad de su tiempo, que no le sobraba, ni de su experiencia, ni de su interés por nuestros escritores; leyó los artículos aliviando, con sus observaciones, la inquietud derivada de las vacilaciones y escrúpulos inherentes a una publicación de carácter antológico que, tratando de abarcar un período amplio pero contemporáneo y una nacionalidad compartida, más que revelar descubrimientos y elevar monumentos, suele incurrir —a veces contra la voluntad de quienes la proponen y realizan, a veces deliberadamente— en redundancias y omisiones.

Pero aun intentando superar reservas y prejuicios, es necesario elegir, ya se sabe; la elección es libre y es forzosa, y tal vez por esta naturaleza contradictoria, tal vez por condiciones menos filosóficas, hasta ahora no se conocen criterios suficientemente justos que, al discernir antológicamente sobre autores y obras, no tramen sentimientos y resentimientos varios.

En el Uruguay, a pesar de las dificultades, la inclinación hacia la literatura es corriente, el gusto por escribir no ha disminuido ni las posibilidades de publicar son tan remotas. De manera que, en un principio, al abordar esta tarea antológica, el propósito de no reincidir en las contadas referencias rutinarias, las más transitadas, la convicción de no restringir la selección a la mención obligada que reduce el limitado paisaje literario nacional a poco más de un par de lugares comunes, no parecía imposible.

Asumiendo la responsabilidad y las perplejidades de decidir, tampoco se ha consentido la facilidad de coartadas que apuntan (hacia) la di-solución de la figura literaria en catálogos compuestos como para no distinguir otros grados que el orden alfabético. Constituye una maniobra literal conocida que pretende cierta objetividad aunque disimula las diferencias que distinguen y definen las particularidades literarias específicas en una enumeración mecánica de nombres propios que, normalizados, quedan desprovistos de su propiedad. Sobre todo porque, tratándose de autores y obras, el recurso no asegura las garantías de imparcialidad que registra el censo y dice menos de la ecuanimidad de los criterios selectivos que de la censura de quien hace el inventario o la indolencia que no compromete jerarquías en guías colectivas lapidarias.

Aunque doble, el procedimiento es simple y consabido: por un lado se especula con la irradiación de un aura —débilmente literaria— que prestigia dos o tres nombres; por otro, en forma irrestricta, se acumulan nombres en listas que, sin mayores precisiones, se aproximan a un anonimato, un imperfecto reconocimiento civil, sin más señas. No pasan de empadronamientos que cubren un parque intelectual difuso, no orientan ni informan al lector pero, gracias al espejo que muestra el (propio) nombre propio inscrito en texto ajeno, se ataja la reclamación eventual de cualquier autor quien, solo por verse mencionado, se conforma.

Si bien se advierte la inutilidad de esas listas aparentemente completas, si bien se sufre la fatiga provocada por las negaciones y rechazos de un *index* a veces impreciso a veces más arbitrario, es probable que tampoco en esta selección ha sido posible evitar las injusticias de ambos procedimientos solo superficialmente diferentes.

Al reunir estos ensayos, artículos y reseñas, se ha procurado no dirigir las predilecciones ni influir sobre quienes las suscriben, ni atenerse a favor o en contra de los cánones en vigencia. Soslayándolos, se ha procurado prescindir de los comandos del *establishment* de manera que la inclusión no siguiera ni persiguiera los fallos de los críticos. Se deseó evitar sus fallas más notorias, aquellas que no radican en diferencias de evaluación más o menos ponderada, o en las discrepancias de interpretación de agudeza hermenéutica variable sino

en los autoritarismos de una institucionalización implícita consolidada por agentes de intermediación que se arrojan y monopolizan el oficio de discernir. Son oficientes que no celebran ni identifican más que a determinados autores, sólo aquellos con los que se identifican, según discriminaciones vagamente ideológicas, intolerancias personales o conveniencias estratégicas, dudosas reglas de una ética que desplaza las gratificaciones amistosas hacia espacios de competencia pública donde no vale satisfacerlas.

En un país tan pequeño, con un número de habitantes pocas veces millonario, no es fácil disimular las convivencias de una congregación casi familiar, sectaria, parroquial. Más eventuales que doctrinarias, la solidaridad dentro de grupos, las aprobaciones y rechazos automáticos, constituyen uno de los hábitos que enrarecen el ambiente cultural uruguayo de las últimas décadas.

Patrocinados por críticos ubicuos, patrocinándolos, sus integrantes aparecen dictaminando en los medios, dictando cursos, convocando concursos, asignando premios, recibéndolos; se presentan alternativamente tanto como escritores tanto como estudiosos de la literatura uruguaya, dentro como fuera de fronteras. Catedráticos uruguayos en el Uruguay o radicados en universidades de otros países contra las cuales consolidaron sus carteles, en centros y ciudades con posibilidades cosmopolíticas sin duda más interesantes, a veces sólo de paso por el país, otras veces instalados transitoriamente, sus créditos académicos transcontinentales no les impiden concentrarse más en el estrechamiento y clausura de los recintos locales que en dispensar su atención a una tradición literaria que la requiere.

Anteriores a la dictadura militar, prosperando en el exterior o progresando dentro de fronteras durante esos años lamentables o, con posterioridad, ya en democracia, la continuidad de sus agonías y protagonismos traban el diálogo cultural en un medio cada vez más nostálgico de la solidez de sus valores y ávido de una recuperación que no atañe solo a la restauración de la belleza de artes y letras sino, sobre todo, al apremio por contrarrestar las defecciones éticas, un abandono de principios que, contradictoriamente, afianza el sistema prevaleciente.

A pesar de que más que la indignación cunden la decepción y el desaliento, esas tribulaciones no han atenuado la inquietud de muchos quienes conocieron la lealtad a otros aprecio o de otros quienes, impacientes, se desviven por conocerlos lo antes posible y no se resignan a que la probidad siga exponiéndose a los riesgos de ese continuismo desgastado, un control cultural que, aunque enervado por la complicidad de las intrigas, la pusilanimidad o las violencias del silencio, la interdicción que sentencia, sin apelación, al hombre, obra y nombre, ocupa los espacios mediáticos y universitarios, municipales y nacionales. La ocupación ya no es tan dura como la opresión militar ni recurre al horror de sus represiones abominables, pero tampoco cede.

Lamentablemente, quienes excluyen a los demás de sus propias empresas, también tratan de excluirse cuando las iniciativas no responden directamente a los intereses y jurisdicciones que les interesa defender.

Sin embargo, en esta publicación, afortunadamente, son pocos los autores y críticos que están ausentes. Los menos. Aparte de las razones de clan, que suelen ser clandestinas (no se dicen), no fue posible conjeturar otras razones para esa ausencia; quietas, las aguas siguen divididas, una división que no distribuye el saber, lo agota.

La crítica, que no se opuso durante los años de gobierno de fuerza, se impuso e impuso sus preferencias personales configurando "territorios de escritura", alejados y prescindentes de los movimientos teóricos y culturales que transformaron, alternativamente y con suerte diversa, el pensamiento y el mundo en las últimas décadas. Ya se dijo, con suficiente ironía, que las teorías, como las convicciones de orden político o religioso, no son otra cosa que estímulos pero, aun como prurito, son necesarias.

Durante esos años hasta la actualidad, ni el estructuralismo lingüístico ni antropológico, en su momento, ni las variantes psicoanalíticas, ni los postestructuralismos consecutivos, ni las teorías de la recepción estética, ni las teorías del cine relacionadas con la teoría literaria, ni los procedimientos de la desconstrucción, ni siquiera una sociocrítica marxista, llegaron a fundamentar las impresiones meramente personales del discurso crítico. Su ejercicio de preferencias se autoabasteció al margen de conocimientos necesarios, ineludibles para formular una estimación que pudiera justificarse más allá de compromisos de amistad o de reciprocidades convenientes pero que no dejaba de hacer sentir un rigor que no es científico ni anticientífico: solo una forma de hostilidad que no se dice ni se explica, una ignorancia querida, por voluntaria y apetecida, doblemente querida, doblemente cara, marcaba la norma en literatura, en cine, en artes visuales y sonoras.

Avalada por soportes académicos o simplemente didácticos, desde la cátedra o en los medios, apoyándose mutuamente, los mismos nombres entrecruzan sus referencias y reverencias colmando todos los espacios. Exterior a esos reducidos o incluso en su proximidad, el lector sólo se entera de los autores autorizados, según un conocido código de cofradía que decide sobre quienes cuentan "de verdad", en la ficción o en la realidad.

Fuera de esos compromisos, los demás no existen. Es la arrogancia de empresarios culturales disimulada en posturas de humildad, con reiterados argumentos de pobreza, la pobreza como consigna, un sustento endeble de nuevos mitos de presente precariedad contra mitos y virtudes de un decoro pasado; insinúa una aspiración al deterioro como si fuera a un progreso. Como si las carencias económicas, que saltan a la vista, debieran convertirse y exhibirse también en indignancia intelectual: cuanto menos estudiaban o investigaban, cuanto más distantes del saber y sus desarrollos, aparecían más encaramados mediáticamente avanzando sobre formas y campos sin advertir las diferencias. La avanzada tampoco observaba la especificidad de los medios; todos los recursos, todos los medios sirven: radio, televisión, diarios, semanarios apuntalados por la "colaboración" de estrellas fugaces, su consabida acción de golpe y fuga, y luego a toda marcha, de regreso a sus claustros, a salvo en los

refugios que amparan instituciones opulentas, sus gestos siguen siendo válidos para entrenar un totalitarismo cultural en un pequeño país, donde entre ausencias y silencios, con bases armadas y bastante compactas, no era difícil encumbrarse en nuevos estatutos y baluartes.

Estas estrategias no son sólo nacionales ni son sólo de esta época. Probablemente se practican en otros medios y tiempos; fue hace años y en otro país donde un poeta se lamentaba de que la historia literaria se diferenciara poco de una historia de socorros y venganzas pero, debido, en gran parte, a la facilidad de deslizamiento de la realidad en los medios masivos, por el consentimiento de una colonia intelectual que se conforma dócilmente, por la uniformidad de voces y de silencios no interrumpidos, pocas veces se había observado antes las precariedades de una homogeneidad semejante.

Si bien es cierto que desde hace décadas la escritura tiende a no distinguir entre la espacialización de la ficción y el espacio reservado al análisis, a la interpretación y a la crítica, confundiendo sus especificidades en una misma imaginación intelectual, no son esas conciliaciones de la poesía y del pensamiento, de la creación y la crítica, las que preocupan sino un conflicto que no se dirime en la escritura más que como acumulación de funciones rivales, paralelas, origen de favores y desfavores, de privilegios cruzados. Un autor es ponderado o negado por un crítico circunstancial que a su vez es autor, y la acción contraria es la misma. La con-gestión se duplica.

Si bien hay antecedentes ilustres de narradores y poetas que se aplican a ejercicios críticos, es peligrosa la extensión de esa mecánica de autoestimación virtual —por amigo o colega interpuesto— de las implicancias de funciones que se alternan, de las fallas de una profesión contraída académicamente pero que desborda los límites disciplinarios vulnerando, por la labilidad de los medios masivos, los bienes de la comunidad, en una depredación progresiva. Los sedicentes críticos-autores-críticos de los años de represión y exilio, siguen luciendo y especulando con los prestigios de un poder derivado del vacío de saber.

Sin embargo, y ya sin los riesgos y las aflicciones de los años que pasaron, a pesar de que se multiplican balances y panoramas culturales formulados transacadémicamente, todavía son escasas las referencias a una situación adversa donde, desde diarios y semanarios, canales públicos y privados, radios de ondas y alcances diferentes, los autores que resistían por duración y permanencia, por impugnación ninguna, prosperan.

El siglo está terminando con doctrinas y prédicas que se prolongaron durante décadas, con muros y mundos que articulaban emblemática y drásticamente la dialéctica de las oposiciones, con regímenes y doctrinas que parecían prolongarse en poderes y potencias interminables, pero no termina con esos intereses escasamente interesantes confiados a la imperturbabilidad de una burocracia intelectual, solapadamente partidaria, paraliteraria, para afianzar un dominio académico o mediático que, pasando por oposición, aceptado sin discusión sólo por considerarse contrario a las presuntas tendencias de un

régimen oficial, no se presenta ni advierte como otra posición oficial, tal vez más dominante porque no se conoce bajo este aspecto. Es una forma de disensión que también detenta, pero a diferencia de los gobiernos en vigencia, prescinde de todo trámite electoral o democrático para imponer su discrepancia tanto o más autoritaria que la autoridad política nacional expuesta.

En estos años se verificó el restablecimiento de la democracia, es cierto, pero el restablecimiento de las instituciones que consignan las garantías constitucionales no impide que en la colectividad intelectual la nomenclatura siga siendo la misma, que los círculos cerrados y viciosos se extiendan.

Pero no parecen inevitables. Los trabajos que se reúnen en este número de la *REVISTA IBEROAMERICANA* no se atienen a una cronología estrictamente fechada; en materia literaria, a pesar de las necesidades de indicar la temporalidad de los acontecimientos, las fechas no son fijas, las convenciones varían. En consecuencia, si bien algunos de los estudios realizados retroceden hasta las vanguardias tardías, tal vez, un origen cronológico de la promoción intelectual y poética que se examina podría oscilar entre la segunda guerra mundial, la iniciación de la era atómica, las alarmas consecutivas a la información discontinua sobre los crímenes del universo concentracionario y su negación, la imposición definitiva de los medios de comunicación masivos —más proclives a ceder su tiempo y sus páginas a la crítica que a la creación—, la aceleración tecnológica, los deterioros derivados de la industria cultural, fenómenos de globalización y fragmentación concomitantes, de acontecimientos cada vez más complejos y simulacros más simples que precipitan la cesura del siglo y promueven, a distancia fluctuante, los contextos y contribuciones de una etapa también decisiva en la historia cultural del país. Son varios los artículos y reseñas incluidos en este volumen que examinan autores y obras posteriores, más recientes, autores que no se debatieron en las contiendas o quienes, en distinto grado, participaron en las contundencias anteriores a la persecución militar, a quienes la soportaron, desde el exilio, dentro de la prisión, o en silencio, quienes volvieron al país a quedarse o prefieren visitarlo, bilocalizados, les consta que no arriesgan la seguridad por reincidir en otras tierras.

En las obras de ficción, la convención induce a considerar el prólogo como el marco de verdad, una verdad que se presenta bajo especie de (des) escritura pero que jamás abolirá la razón de ficción necesaria. Autorizado por el género, alguien se anticipa y aparta del texto consecutivo, o el propio autor se distancia del texto que le pertenece, pretendiendo sustraer sus confesiones a las licencias que la imaginación propicia, afirmando una voluntad que prefiere no suspender la incredulidad de su lector. Por eso, tal vez, la costumbre del lector a pasar por alto los sospechosos afanes de una sinceridad que no había previsto; para él, con razón, el prólogo o cuenta poco o no cuenta.

En cambio, en los textos de examen, que se apartan de la ficción, para analizarla, para contrastarla con la historia, para compararla con otros textos, atendiendo los accidentes y variaciones en fuga de su realización, el prólogo reivindica si no la verdad por lo menos algunas de las circunstancias que

articulan los límites en los que el discurso se ordena. Tanto introduciendo la ficción como distanciándola, quien escribe el prólogo juega un papel diferente: el papel de no jugar ningún papel o de quedar fuera del juego. Sin embargo, y dicho sea al margen, nada de lo que incluye o excluye su escritura, le es ni indiferente ni ajeno.

